

## El mito del Inconsciente y su transformación en una dimensión tópica

*“La clave del conocimiento de la vida psíquica conciente está en la región del Inconsciente.”*

C. G. Carus

Indagar sobre los orígenes del psicoanálisis nos impone ubicarnos en un marco histórico determinado: el fermental, inquieto, creativo y fértil S XIX, configurándose ello en un especialmente lúcido tiempo en el plano filosófico. En tal sentido, intentaré, por un lado, perfilar los rasgos fundamentales del romanticismo rescatando la noción de inconsciente, a través, de **C. G. Carus** maestro de Von Hartmann, cuya obra Freud conocía. Por otro lado, esbozar como bajo su formación positivista engarzada con todos los otros campos del saber de los que él se nutrió: literatura, filosofía, artes plásticas, ésta noción de Inconsciente se constituyó en una **hipótesis “necesaria y legítima”** conformándose en uno de los pilares del Psicoanálisis.

Con el término “**Romanticismo**” se hace referencia al movimiento filosófico, literario y artístico que se inició en Alemania en los últimos años de siglo XVIII, alcanzó su máximo florecimiento en toda Europa durante los primeros decenios del siglo XIX y constituyó la nota característica de este siglo.

El significado corriente del término “Romántico” que equivale a “sentimental” deriva de uno de los aspectos más llamativos del movimiento romántico, del reconocimiento del valor por el mismo atribuido al sentimiento; que el iluminismo del siglo XVIII había reconocido en su fuerza. Este valor predominante es la herencia principal que el Romanticismo recibe del movimiento **Sturm und Drang** que había **contrapuesto el sentimiento, y con éste la fe o la intuición mística o la acción, frente a la razón**, considerada incapaz en los límites prescriptos a ella por Kant, de alcanzar las sustancias de las cosas superiores o divinas. Pero precisamente por ésta actitud, la razón continuaba siendo para los seguidores del Sturm und Drang, lo que era para el iluminismo: **una forma de transformar gradualmente el mundo, pero no absoluta ni omnipotente y, por lo mismo, siempre más o menos en oposición con el mismo**

**mundo y en lucha con la realidad que dicha fuerza está destinada a transformar.**

Por otra parte, el Romanticismo nace cuando este concepto de la razón es abandonado y se comienza a entender por razón una fuerza infinita que habita el mundo y lo domina, constituyendo así la sustancia misma del mundo.

Los **Románticos** interpretaron este **Principio infinito** de dos maneras fundamentales básicamente distintas. La primera interpretación más próxima a las ideas del Sturm und Drang, considera el infinito como sentimiento, o sea, como actividad libre, carente de determinaciones o más allá de toda determinación y que se revela en el hombre precisamente en más estrecha conexión con el sentimiento, esto, en la religión y en el arte. La segunda interpretación entendía el infinito como Razón absoluta que se mueve con necesidad rigurosa de una a otra determinación de modo que cada determinación puede deducirse a la otra necesariamente y a priori. Esta es la que predominó en las grandes figuras del idealismo romántico, Fichte, Schelling y Hegel, aunque Schelling insistiera en la presencia, en el Principio infinito, de un aspecto inconsciente. Las dos interpretaciones de infinito fueron contrapuestas con frecuencia y Hegel especialmente condujo la polémica contra el primado del sentimiento.

Durante todo el siglo XIX se mantuvieron en alto los **caracteres generales y fundamentales del romanticismo: el optimismo, el provisionalismo, el tradicionalismo y el titanismo**. El optimismo es la convicción de que la realidad es todo lo que debe ser y es, en todo momento, racional y perfección. En virtud de esta tendencia, el romanticismo propendió a exaltar el dolor, la infelicidad y el mal como manifestaciones parciales y necesarias de una totalidad que es siempre, en su conjunto, pacífica y feliz. Con el optimismo metafísico guarda relación el providencialismo histórico del romanticismo, para los románticos la historia, es un proceso necesario en el que la Razón infinita se realiza así misma. Desde este punto de vista, la historia o es un incesante progreso necesario en el que cada momento supera en perfección y racionalidad al otro; o es, un conjunto, una totalidad perfecta cuyos momentos son todos igualmente racionales y perfectos.

El otro concepto, del progreso necesario, inevitable, predominó en cambio fuera del idealismo, en toda la filosofía del siglo XIX; una de sus reflejos es el concepto de Evolución que, elaborado primariamente por las ciencias biológicas, se extendió luego a

la realidad, viniendo ésta a parecer como un desarrollo progresivo, único e interrumpido.

Al providencialismo va vinculado otro aspecto del Romanticismo, el tradicionalismo. Para el Romanticismo, el pasado no tiene nada que haya de abandonarse o perderse, sino que, por el contrario, contiene potencialmente el presente y el provenir. De ésta actitud deriva la revaloración de la Edad Media, que el iluminismo había considerado como una época de decadencia y de barbarie. Otro corolario del tradicionalismo romántico es el nacionalismo. Mientras que la noción de “pueblo” se define en el siglo XVIII términos de voluntad y de intereses comunes, la Nación se definía en términos de elementos tradicionales de voluntad y de raza, la costumbre, la lengua, la religión.

Por último, entre los rasgos más llamativos del romanticismo está el titanismo. El culto y la exaltación del infinito tienen como su contrapartida negativa la intolerancia de lo finito. En ésta intolerancia radica la actitud de rebeldía hacia todo lo que es un límite a una regla y el desafío incesante a todo lo que, por su finitud, aparece desigual o inadecuado en comparación con lo infinito.

Todos los rasgos antes enumerados del espíritu romántico, excepto el titanismo se encuentran en el **positivismo** del siglo XIX que, por lo tanto, puede ser considerado como otra de las dos manifestaciones filosóficas del Romanticismo, junto al **Idealismo**.

Los pensadores románticos criados en la doble tradición cartesiana e irracionalista de las postrimerías del siglo XVIII, muy pronto encontraron insuficiente la descripción del ser humano establecida por sus mayores, el esquema de las fuerzas y de las facultades cuyo funcionamiento, según se afirmaba, obedecía a las leyes de una estricta mecánica del espíritu. Se apartaron de la simple enumeración de los hechos, y se preguntaron de nuevo qué razones para esperar y obrar, para sobreponerse a la angustia y creer en un sentido de la vida, podían encontrarse en el conocimiento de nuestra raigambre terrestre y de nuevos orígenes no terrestres. La psicología trató de hacerse de nuevo lo que nunca debió haber dejado de ser: la ciencia del alma. **Volvió a buscarse una doctrina que restituyera al hombre su unidad y una vez más hiciera de él un organismo con centro, con un lugar interno de certidumbres. Para que se**

**verificara esta transformación, era preciso que el criterio de verdad no fuera ya la evidencia intelectual, sino la certidumbre afectiva.**

### El mito del Inconsciente

**Carl Gustav Carus (1789-1869)** médico, pintor, naturalista exacto, autor de un excelente libro sobre Goethe, ha merecido su fama duradera sobre todo por haber dado la última y perfecta expresión al mito romántico del Inconsciente.

Así afirma en su libro *Psiché*: “la clave para el conocimiento del alma conciente yace en el dominio del inconsciente. Eso explica la dificultad de llegar a tener una comprensión cabal del secreto del alma. Si fuese completamente imposible encontrar el Inconsciente en el Conciente, el hombre nunca habría de alcanzar un conocimiento de sí mismo... Pero si esta imposibilidad es sólo aparente, la principal tarea de la ciencia del alma es buscar la manera de que el espíritu del hombre pueda descender a sus profundidades.”

El Inconsciente, en sí mismo, sigue siendo indefinible, pero al estudiar aquello que aún le pertenece en un alma llegada a la conciencia, podemos por lo menos descubrir algunos de sus caracteres. “Hay una región de la vida del alma en que realmente no penetra jamás un rayo de conciencia, podemos, pues, llamarlo el Inconsciente absoluto. Frente al Inconsciente absoluto, ora general, ora parcial, tenemos además un Inconsciente relativo, es decir, ese sector de una vida que ya ha llegado de hecho a la conciencia, pero que temporalmente ha vuelto a ser inconsciente.”

El Inconsciente absoluto es de una importancia tan capital en toda nuestra existencia: gobierna nuestra vida instintiva, todo aquello que en nosotros no pertenece a la evolución individual, a la originalidad personal, sino que nos es común con la especie entera. Si el Inconsciente es el depósito de nuestras energías, la sombra propicia en que debe rejuvenecerse periódicamente nuestra alma, entonces el problema de la vigilia, del dormir y del sueño adquiere una importancia capital. El dormir es provocado por el hecho de que los sentidos y la conciencia se retiran periódicamente del mundo exterior. El sueño es, pues, la actividad de la conciencia en el alma que vuelve a la esfera del Inconsciente. Para él, la esfera conciente no subsiste en el dormir como un cuerpo

extraño y todavía autónomo. Se lleva a cabo una íntima unión entre el consciente y el Inconsciente, unión de la cual surge el sueño.

Carus observa, por otra parte, que el debilitamiento de la conciencia en los sueños se manifiesta por los titubeos que se apoderan del sentimiento de la personalidad, lo cual explica esos debilitamientos, esas palabras que se atribuyen en otro, esos juegos múltiples a que se entregan el sueño, invirtiendo o amalgamando las personas.

En síntesis, “para Carus, maestro de Von Hartmann, la conciencia se desarrolla gradualmente, pero siempre bajo la influencia del Inconsciente, al que el sujeto retorna periódicamente cuando sueña. [...] Carus, además de “freudiano”, también, fue “junguiano”, al formular que el Inconsciente individual está relacionado con el inconsciente de todos los hombres.”<sup>1</sup>

### **Freud y el mito del inconsciente**

“Al final de su obra, en el Esquema del Psicoanálisis, al recusar una vez más la paridad de consciente y psíquico, Freud señala: “pero no ha de creerse que esta concepción diferente de lo psíquico sea una innovación que haya que agradecer al psicoanálisis. Un filósofo alemán, Theodor Lipps, proclamó vigorosamente que lo psíquico era en sí inconsciente. [...] Ese Lipps, en quién, cuarenta años antes, Freud había encontrado expuestos muy claramente sus propios principios, con una concordancia que llega hasta los detalles (Carta a Fliess del 31 de agosto de 1898); es a sus ojos uno de los “pájaros raros”: un filósofo no concienialista [...] Freud reconoce que: el concepto de inconsciente hacía ya mucho tiempo que golpeaba a las puertas de la psicología con miras a hacerse recibir.”<sup>2</sup>

Asimismo, Anzieu sostiene que “la noción de inconsciente nada tiene de sorprendente para alguien que ha sido educado en la cultura germánica. Comenzó con las “percepciones confusas” de Leibniz, se desarrolló con Herbart, se reforzó con la corriente romántica y luego, con Schopenhauer, culminó en una obra célebre (conocida por Freud, publicada en 1859, Filosofía del Inconsciente); de E. Von Hartmann”<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Rodrigue, E. , S. Freud. El siglo del psicoanálisis, Ed. Sudamericana, Bs. Aires, 1996, p. 164.

<sup>2</sup> Assoun, P. L. , Freud. La filosofía y los filósofos, Ed. Paidós, España, 1982, p.144.

<sup>3</sup> Anzieu, D., El autoanálisis de Freud, Ed, Siglo XXI, México, 1980, 2º edición, p. 133.

discípulo de Carus. “Ahora nos resulta fácil ver de lo que todos éstos filósofos describieron con el término de Inconsciente es lo que hemos aprendido a llamar, desde Freud, el preconscious. Pero sabía (Freud) que para elaborar una verdadera obra científica, la intuición y la expresión feliz no bastan, por necesarias que sean: son precisos además un método y una teoría apropiadas para los hechos que se estudian.”<sup>4</sup>

Ahora bien, para alcanzar este nivel conceptual con un fundamento epistémico hay que tener presente la formación positivista internalizada por Freud, sobretodo a través de la figura de Brücke. “Assoun sostiene que el contacto de Freud con Brücke tuvo un efecto moderados sobre lo que habían sido sus primeros entusiasmos románticos.”<sup>5</sup> Brücke era positivista por temperamento y convicción y los positivistas “esperaban poder llevar el programa de las ciencias naturales, sus descubrimientos y métodos, a la investigación de toda acción y todo pensamiento humano, privados y públicos. [...] Lo que Brücke le otorgó a Freud, fue el ideal de la autodisciplina profesional en acción.”<sup>6</sup> Lo que descubre Freud en las conferencias del maestro sobre fisiología, en 1874, no es una teoría grandiosa, elevada a dimensiones cosmológicas, sino una fecunda hipótesis genética, la llave programática de una práctica experimental.”<sup>7</sup>

Romanticismo y Positivismo son fuentes de las que se nutre Freud para concretar su ambición de fundar una psicología científica. Así pues, como sostiene Assoun, haciendo referencia al concepto de Inconsciente “el Psicoanálisis se apoderó del “concepto” y lo hizo entrar en la esfera de lo científico y en la formazalización metapsicológica.”<sup>8</sup>

Finalmente como considera Assoun, “la referencia filosófica es también una justificación teórica de fondo. Esta referencia es abundante en el momento en que Freud introduce cada una de las tesis principales del psicoanálisis y representa una legitimación por la anticipación filosófica. Dicho de otra manera, en el caso de cada tesis básica, Freud experimenta la necesidad de encontrar en algún gran texto filosófico un precedente.”<sup>9</sup>

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 134.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 135.

<sup>6</sup> Gay, P., Freud. Una vida de nuestro tiempo. Ed. Paidós, España, 2º edición, 1996, p. 58.

<sup>7</sup> Rodrigue, E., S. Freud. El siglo del psicoanálisis, Op. cit., p.120.

<sup>8</sup> Assoun, P. L., Freud. La filosofía y los filósofos, Op. cit., p. 144-145.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 143.

*“Quién posee ciencia y arte,  
tiene también religión;  
y quién no posee aquellos dos,  
¡pues que tenga religión!”*

*Goethe.*



**Juan Mastromatteo** nació en el año 1950 en Ischitella, un pueblo de Italia y llegó al Uruguay a la edad de 5 años a vivir a la ciudad de Las Piedras, donde recibió sus primeras lecciones de dibujo y pintura en la “Casa de la cultura Manuel Rosé”. En 1976 realizó su primera exposición y a partir de allí se suceden muestras individuales y colectivas, concursos, salones etc. Paralelamente a la actividad plástica, cuya temática, si bien variada, **casi nunca se aparta del hombre y su peripecia**, ejerce hasta el momento la docencia como profesor de Dibujo en la Enseñanza Pública, habiendo egresado del Instituto de Profesores Artigas en el año 1975.

## BIBLIOGRAFÍA

Abbagnano, N., Historia de la Filosofía, Ed. Montaner y Simon, España, 2º edición, 1973.

Anzieu, D., El autoanálisis de Freud, Ed, Siglo XXI, México, 1980, 2º edición.

Assoun, P. L. , Freud. La filosofía y los filósofos, Ed. Paidós, España, 1982.

Beguin, A., El alma romántica y el Sueño, Ed. Fondo de Cultura Económica, España, 1º edición español 1954, 1º reimpresión 1978.

Gay, P., Freud. Una vida de nuestro tiempo. Ed. Paidós, España, 2º edición, 1996

Rodrigué, E. , S. Freud. El siglo del psicoanálisis, Ed. Sudamericana, Bs. Aires, 1996.

Schorske, C., Viena. Fin-de-siēcle. Política y Cultura. Ed. Gustavo Gil S. A., España, 1961.